

Postales desde la crisis

Ana Cinthya Uribe Sandoval
Barcelona

Nobody said it was easy/No one ever said it would be
this hard
Nadie dijo que era fácil/nadie nunca dijo que sería así
de difícil

The Scientist, Coldplay

Había una vez, en Barcelona, en el año del señor 2012...

Intento quejarme poco porque, la verdad, no lo tengo tan mal. Supongo que depende de a quién le preguntes pero, hasta la fecha, nunca me ha faltado trabajo. La cuenta de banco me ha quedado en rojos durante un par de días un par de veces, pero sin problemas. Tengo a quién pedirle dinero en caso de una gran emergencia y sé que me lo prestarían. Por tener, tengo una tarjeta de crédito que todavía puedo usar y no estoy pagando ninguna deuda.

Vamos, en resumen, lo que me salva es que no debo grandes cantidades ni al banco ni a nadie. Lo que tengo prestado son créditos controlados que se pueden pagar. Pero sé que las cosas no están bien, que no debería ser así.

Crecí escuchando una y otra vez que la base del éxito (económico y moral, por supuesto) era el trabajo. El estudio. Me hace gracia cuando tengo que empezar a quitar cosas de mi currículum porque resulta que estoy sobrecalificada. En las últimas entrevistas a las que me he presentado eso es lo que me dicen: que sé de más. Que no pueden pagarme lo que valgo. Aunque parece que el trabajo, en realidad, no tiene demasiado valor; tiene valor, pero no precio. No se retribuye como debería.

Me quejo de la crisis como todo el mundo, pero agradezco que, hasta el momento, he podido capearla. Pero cada vez con más frecuencia me encuentro pensando en qué malabarismos

tendré que hacer el mes próximo para cerrar las cuentas. Veo a mis amigos irse de Barcelona, entristecidos por dejar esta ciudad, hartos de sobrevivir.

Porque hasta ahora hemos logrado sobrevivir. Lo que no sabemos es hasta cuándo. Yo, por el momento, sé que tengo un contrato hasta diciembre. Un contrato basura, como les llaman, pero un contrato. Algo que más o menos me asegura que me pagarán y que, con ese sueldo, podré cubrir el alquiler, la luz, el agua, los víveres... o lo que toque.



Al principio, cuando escuchábamos hablar de la crisis, seguía sonando como algo muy lejano. Al final de cuentas, los amigos que siempre habían tenido un buen empleo lo conservaban, y los que teníamos años multiempleándonos en distintas profesiones, seguíamos en ello. Pero de pronto eso de buscar “trabajitos” comenzó a volverse más complejo.

Se acabaron los empleos en los bares con sueldos iguales a los de un profesional de oficina. Se acabaron los empleos temporales de profesional de oficina. Los arquitectos fueron los primeros en quedarse fuera de sus puestos de trabajo. Después siguieron otros. Sin más razones, sin más clara definición sectorial. Todos por igual. Se recortaron sueldos, posiciones, se alargaron las horas de trabajo. Comenzamos a escuchar aquello de “tú no te quejes, que todavía tienes trabajo”.

En el fondo, no terminábamos de ver que fuese un gran problema. Aunque la mayoría de los emigrados no teníamos a la familia aquí, casi todos habíamos tenido en algún momento un empleo fijo que ahora se convertiría en seis meses o en un año de prestación de desempleo. Era cosa de aprovechar la ocasión, descansar un poco con esas vacaciones inesperadas y comenzar a buscar; ya saldría algo.

En teoría, cuando me quedé sin trabajo a principios de 2009, unas semanas después de cumplir treinta años, fue por decisión propia. O eso fue lo que creí. Lo cierto es que mi puesto de trabajo —una sofisticada asesoría para un municipio pequeño cercano a Barcelona— ya tenía meses sin existir, aparentemente. Primero me dijeron que no me renovarían el contrato y que me tendría que pagar la entidad internacional con la que se realizaba en convenio la asesoría. Después, la entidad internacional me dijo que podrían pagarme quizás unos meses, siempre que la Alcaldía les pagara el dinero que les debía. Cada dos días cambiaba el acuerdo. Intentamos firmar un contrato de buena voluntad y nunca parecía estar del todo correcto. Hasta que un día, cansada y desconfiada del flujo de dinero (comenzaba a haber demasiadas cuentas sin pagar en la oficina en la que trabajaba), dije que me iba.

También entonces tenía un “contrato basura”, así que no recibí ni liquidación ni tenía acceso directo al subsidio de desempleo. Pero creí que era un buen momento para trabajar en un proyecto académico aparcado desde hacía un tiempo. Además, había conseguido una beca hacía pocos meses. Era el momento perfecto.

Tenía un poco más de diez mil euros en ahorros en el banco. Había intentado vivir sin lujos, pensando que quizá tendría que pasar una temporada por mi cuenta. Además, todavía debía en México el dinero que me habían prestado para pagar mis primeros estudios en el extranjero, por los cuales me había trasladado a Barcelona. Pero no me preocupaba de más, era cuestión de pasar unos meses y, seguramente, saldría otro trabajo.

Desde ese momento, nunca dejé de trabajar. Fui haciendo proyectos por aquí y por allá, traduciendo, dando clases, cocinando en un restaurante... todo lo que salía. La beca se recortó, se acabaron los apoyos a la investigación en ciencias sociales. La cuenta de ahorros, en lugar de aumentar, disminuyó. Mi sueldo era menor y todo lo demás subía: el alquiler, el agua, la electricidad... Yo no recibía ayudas del Estado, pero no sentía que las necesitara.

Hasta que un día me di cuenta de que, aunque quisiera, no podría vivir sola. Que no era que necesitara otro trabajo para distraerme, sino para pagar las cuentas. Y que, aunque seguíamos saliendo a tomar cervezas, a dar la vuelta por los bares, no era la primera ni la única entre los amigos que iba con un presupuesto ajustado. Muy ajustado.



Si comparamos la edad con un tinte que va cambiándote poco a poco la visión de las cosas, las crisis son un filtro de color especial. Se me escapa la fecha, pero recuerdo que un día comencé a percibir que los pordioseros que me encontraba en la calle no eran iguales a los que había en años anteriores. Barcelona, cuando llegué en 2004, también tenía temporadas altas y bajas de pordioseros. En verano tenía un pico de chicos con perros y rastas o personas que, demasiado bebidas, terminaban pidiendo dinero para tomar el autobús de vuelta a casa. En invierno, era raro ver a demasiada gente en la calle. Quizás algunos con problemas de salud mental, que recorrían sus antiguos barrios y a los que todos teníamos identificados. Pero no se veían con frecuencia “nuevas incorporaciones”.

Eso pareció cambiar de pronto, de un día a otro. Recuerdo que comencé a ver gente que dormía en portales con sacos de dormir en buenas condiciones. Cuando salían de ellos, no estaban bebidos ni mal arreglados. Yo salgo temprano de casa con frecuencia y los veía levantarse antes de que abrieran las tiendas en las que se habían refugiado y sacudirse la ropa. Recogían su cama rápido y caminaban hacia otro sitio. Y así día tras día. Y alguna que otra semana, en otro portal, detectabas una nueva colección de cartones o mantas: un nuevo vecino en la calle.

No puedes evitar verlos y, además, sentir un golpe en el corazón por muchos motivos. No son como los pordioseros adictos o “de

negocio" que te piden dinero siempre con la misma cantaleta. Es que no tienen cantaleta. Es que no te piden dinero. Duermen en la calle y se levantan rápido, queriendo escurrirse entre las paredes. Están solos. Me pregunto dónde estará su familia. Y si no van con ellos por vergüenza.



Hay muchos tipos de inmigración y, cuando yo llegué a Barcelona, era del grupo aquel de la "economía creativa". Gente con educación superior e idiomas, proveniente de varios puntos del mundo, que quería ir a un sitio donde se viviera bien y donde, además, hubiese un crecimiento cultural importante. Además, Barcelona tiene mar.

Y embruja, poco a poco te vas quedando aquí, sintiéndote parte de la ciudad, de sus rituales. Un ritual es la llegada anual de los alumnos extranjeros en octubre. Suben un poco los alquileres, cambian los ritmos de la ciudad. No es que haya más turistas, es que hay un grupo nuevo de habitantes en la ciudad.

Nos quedamos aquí porque estamos contentos, porque se vive bien. Aprendes cosas importantes que en tu país de origen no hubieses aprendido: por ejemplo, que es más importante no necesitar un coche que tenerlo. Que eres más rico si tienes un buen transporte público que un automóvil del año. Que es más integrador un sistema amplio de salud y buenas escuelas públicas que el dinero para pagarlo todo privado. Entiendes la diferencia entre nivel de vida y calidad de vida.

Por otro lado, también aprendes —naturalmente— a restringirte en gastos. Estás empezando de cero. Aquí nadie te conocía de nada y no te iba a dar trabajo por tu linda cara. Hay que demostrar que vales lo que quieres cobrar. Hay que cobrar lo que quieran pagarte. Es un tiempo, solamente. O, por lo menos, eso crees.

Lo que más te desconcierta de lo que aprendes es que necesitas menos cosas de lo que creías. En general. Aunque tu poder adquisitivo sea mediano o alto, si miras tus gastos, te das cuenta de que gastas en salir, en conocer, en ver gente. No en comprar, en parecer. En eso, Barcelona es muy diferente de América Latina.

Y te vas quedando en esta nueva casa que hiciste para ti mismo, aunque mes con mes encuentres que la situación económica es más complicada, para ti y para todos. Pero aprendes a necesitar menos, a comprar menos, a vivir con menos. Sales menos a cenar, te ves en casa de alguien. No te compras ropa a menos que sea necesaria, realmente. Y hablas a casa y dices que todo está bien.

No es lo mismo que la vergüenza que sienten los que duermen en la calle y no quieren regresar con sus familias, pero a veces creo que algunos de nosotros, los emigrados, nos quedamos aquí un poco por no querer contar que no encontramos más dinero. Estamos sobreviviendo, algunos meses mejor que otros. No contamos esto por el teléfono a nuestros padres. Aquí todo está bien. Al final de cuentas, Barcelona es muy lejos: y allá, vivir en Europa sigue teniendo mucho glamour.



Barcelona tiene cara de siempre haber sido una ciudad solidaria, o por lo menos ha sido sede desde hace mucho tiempo de importantes organizaciones no gubernamentales para apoyar las causas más diversas. Y en plena crisis, supongo que con menos donantes para las varias causas, decenas de organizaciones lanzaron a la calle a cientos de jóvenes y no tan jóvenes a recaudar fondos. En grupos de cuatro o cinco, se paran en las calles de la ciudad y te emboscan, enseñándote fotos y dándote razones para dar cinco, diez, veinte euros al mes a cualquier causa noble.

Cada vez escucho con más frecuencia que la gente, al ser abordada, les responde que si no deberían buscar dinero más bien para

ayudar a los pobres de aquí. Cáritas es una de las instituciones que, constantemente, está recordando que los niveles de pobreza están aumentando alarmantemente en Cataluña. El sueño de una sociedad paritaria parece que, poco a poco, se va resquebrajando.

Algunas de las decenas de personas que están pidiendo apoyos en la calle demuestran saber que la situación es complicada para todos. Recuerdo a uno de ellos que trabajaba cerca de la universidad y que preguntaba a la gente: “¿Tienes trabajo o estás en paro?” Dependiendo de lo que contestaran, los dejaba seguir su camino con un “muchacha suerte en la búsqueda”, o comenzaba a intentar convencerlos de donar algo para la atención médica en algún país africano.

Otra de las razones para que haya tanta gente trabajando en la calle con estos proyectos es que es uno de los pocos trabajos que siguen ofertándose. Una vez me encontré a una ex compañera de la universidad en un callejón perdido. Me miró y se quedó sin saber si saludarme o no... luego se me acercó y me dijo que estaba ahí ayudando un rato, porque es en lo que trabajaban sus amigos... Yo sabía que se había quedado sin trabajo, pero no quise preguntarle si tenía algo nuevo; era obvio que no quería hablar de ello. Todos hemos tenido, por lo menos alguna vez, un empleo extraño del que no queremos o no sabemos si hablar.



Uno de mis empleos más extraños en estos años duró dos días, separados entre sí por unos seis meses. Me llamó un día un chico conocido que trabajaba en una agencia de arquitectura dedicada a hacer diseño interior para bancos y supermercados. Habían recortado personal sin parar durante los últimos seis meses: prácticamente quedaban él, su jefe (el dueño, un inglés) y dos chicos más. Resultaba que al día siguiente los visitaría un cliente potencial proveniente de Arabia Saudita. Iban a tener una reunión en la

oficina, pero no querían que llegara a un despacho vacío. Y me preguntó si quería hacer de “figurante” de oficinista. Y que si tenía amigos que tuvieran tiempo para hacerlo también.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, salí de casa por primera vez en meses vestida de oficina. Con zapatos de tacón, un vestido, medias, abrigo. Mi labor era presentarme como la encargada de prensa y relaciones públicas del lugar. Me encontré con otro amigo, arquitecto, que tampoco tenía nada que hacer. Llegamos a las ocho y media al sitio, había otros cinco nuevos “trabajadores” de la firma.

El director del despacho nos explicó cuáles eran nuestros roles, que, básicamente, consistían en estar por ahí todo el día, hacer como que trabajábamos y no hablar de más. Cada quien tenía un espacio, un ordenador —que hasta hace un par de meses estaban ocupados por trabajadores reales—, y lo que teníamos que hacer era fingir.

Fingimos durante una jornada de ocho horas. Yo busqué cosas en internet, leí, trabajé en algún texto de la tesis, salí para una reunión a mediodía. Cuando llegó el cliente potencial, nadie se movió de su silla. El jefe se acercó a mí y me presentó al cliente, diciéndole que yo coordinaba la parte de prensa. “Nice to meet you and welcome to our office”, hasta ahí mis líneas.

Cuando se fue el cliente, cerca de las siete, bajó un nivel de tensión que había estado subiendo por las paredes durante todo el día. Hubo risas, nos reunieron alrededor de una mesa con café y nos dieron, a cada uno, un sobre con un flamante billete de cincuenta euros, más o menos el sueldo diario de un camarero.

Seis meses después, había otra visita de cliente. Me llamaron, pero me dijeron que no tenía que llamar a nadie más. Había gente trabajando, algunos de ellos eran profesionales independientes que tenían alquilado un espacio en la oficina de mis conocidos. Así podían pagar el alquiler y tener el despacho lleno. Esa vez, sabiendo

la dinámica, me llevé trabajo. Estuve todo el día ahí, saludé al cliente y, al cierre de la jornada, me fui. Quizás entendí mal, pero me quedé esperando el sobre con mi pago por mi trabajo como figurante. Esa vez no llegó.



Una amiga, terapeuta de medicina china, dice que uno tiene que ser fuerte como madera, pero madera de bambú, que te permita inclinarte con el viento y las tormentas, y luego volver a tu postura normal. En suma, que hay que aprender a ser flexible. Para eso, por ejemplo, sirven las crisis.

Con el tiempo, comienzas a comprender que lo de crecer es también dejar atrás cosas que te gustan. No todas y no por las mismas razones, pero no te puedes quedar siempre en “tu zona de confort”. Mi zona de confort en Barcelona era un ático en el barrio antiguo. Tenía una terraza mediana, barrida por un sol potente durante las tardes. Era helado durante el invierno y tremendamente cálido durante el verano. Pero tenía una vista a todas las antenas de televisión del barrio, al cielo de la ciudad, al Tibidabo y a Montjuic. Era un pequeño palomar donde me podía sentir libre. Cómoda. Feliz.

Alquilé esa casa con mi ex pareja. Después de la separación, vino un tiempo cortísimo en el que me pregunté cómo iba a pagar el alquiler, y a continuación un amigo de toda la vida se quedó sin casa y se mudó conmigo. Vivimos juntos durante poco más de dos años, hasta que, cansado de los trabajos ilegales y mal pagados, regresó a México. Me quedé de nuevo sola. Pensé que me hubiese gustado vivir sola, pero era imposible. Una amiga se separó y le ofrecí que viniera a vivir conmigo. No podía pagarme la mitad del alquiler, pero llegamos a un acuerdo y estuvimos juntas un año, hasta que ella regresó con su chico y pusieron una casa juntos de nuevo.

Estuve un par de semanas sola y, después de hacer un millón de cuentas, llegué a la conclusión de que era imposible vivir en esta casa yo sola. Me hubiese encantado; no podía pagarla. Lo poco que me quedaba de ahorros se hubiese desvanecido en tres o cuatro meses cuando mucho. Entonces tocaba encontrar un nuevo compañero de piso.

Aquí parece natural lo de compartir el espacio, pero la verdad es que no lo es tanto. Tener que pasar después de los treinta años por diferentes tipos de casting para ver si te puedes quedar en una casa o no, no es cómodo. Y luego descubrir que tus compañeros de piso podrían estar completamente locos.

No me apetecía nada; había escuchado demasiadas historias de terror a mi alrededor. Y entonces se me ocurrió echar mano de algo completamente ilegal: alquilar una habitación de mi casa, por días, a turistas en alguno de esos servicios que se habían vuelto tan famosos por internet y de los que leía en el New York Times. Me di un par de semanas más para pensármelo (para autoconvencerme) y puse el anuncio.

Unos días después, me llegó la primera solicitud: un chico de California venía a pasar unos días a Barcelona y quería estar cerca del centro. Agradecí que mi hermano estuviese de vacaciones aquí, porque no me sentía muy segura de tener a alguien en casa estando yo sola. Resultó que el huésped era encantador... y con lo que me pagó, llegué sin problemas a final de mes. Y después de él fueron otros tantos, de Canadá, Estados Unidos, Rusia, China, Japón, Emiratos Árabes, Portugal, Noruega, Dinamarca, Alemania...

Así sobreviví más de un año. Hice muchos amigos. Otras personas, aunque agradecía el momento en que cerraban la puerta. Lo más difícil era cuando alquilaba la casa completa: si me veía en un mal momento económico, hacía una maleta y me iba a dormir al sofá de casa de una amiga, mientras que una familia o una pareja de amigos se quedaba en mi casa pagando, por noche, una décima parte del alquiler. En diez días lo tenía cubierto.

Esos días, esas noches, sentía que las cosas no iban bien. No dejaba de trabajar y, aun así, no podía tener una casa sólo para mí. Había alguien más durmiendo en mi cama, utilizando mi nevera, mi baño, quizá mi gel de baño. Sin contar, por supuesto, que era una infracción a las leyes de buen gobierno de la ciudad, que perseguían la renta “ilegal” de apartamentos.

Al final de unos meses, mi amigo V se quedó sin casa por un problema en la tubería de su minipiso. Inicialmente iba a ser sólo un mes, pero la avería tardó cuatro en arreglarse. Convivimos, me ayudaba a pagar lo que podía del alquiler (ya había agotado el paro, hacía más de un año que no encontraba trabajo) y, a veces, cuando tenía un trabajo más, me daba más dinero. Cocinaba. Compartíamos. El día que dijo que se iba, me sentí en un abismo: otra vez decidir qué hacer.

Tocaba justamente renegociar el contrato de alquiler. Sabía que mucha gente pedía rebaja, y los caseros, ansiosos de tener inquilinos que pagaran bien, lo aceptaban. Pedí una rebaja y mis caseros tardaron cuatro meses en contestarme. Aceptaron, pero con la condición de que no podía recibir gente ni podía estar en mi piso nadie más que no fuera yo. “Esto no puede ser un apartamento para turistas”, parece que les había dicho el vecino de al lado. “Además, lo podrían alquilar por mucho más.”

Al final, me busqué otra casa. Menos linda, con menos luz, más pequeña... donde pago la mitad de aquel alquiler. Cuando dije que me iba, los caseros me dijeron que no, que qué iba a hacer, que el mercado era malísimo y no encontraría nada. Se quedaron mudos cuando les dije que ya tenía a dónde ir y lo que iba a pagar.

Aún paso por el antiguo edificio para recoger el correo. Carmen, mi antigua vecina, me cuenta que no han podido alquilar el ático. “Todo por no dejarte en paz y bajarte más el alquiler.” Suspiro. La verdad es que todavía extraño su luz.



En momentos de angustia, el truco es llenarte el día y la noche de actividades que no te den mucho tiempo para pensar. Y usar de manera racional la tarjeta de crédito. De esta forma, sólo es una semana en el mes en la que haces realmente malabares: calculas cuándo llega tu nómina, cuánto puedes sacar de la moribunda cuenta de ahorros, si nadie te debe nada y cómo haces para pagar los mínimos intereses bancarios o ningunos.

En algún momento, en los tiempos de bonanza, pensé que yo también hubiese querido tener una casa, pero que me parecía una locura meterme en un crédito a cincuenta o sesenta años, y además en condiciones leoninas.

Ahora pienso que menos mal que le tengo miedo al crédito. O hubiese tenido que desaparecer ya para evitar el desahucio.



Al otro lado del mar, están los padres. Los padres que, según la prensa, viven en medio de una guerra civil con luchas constantes entre cárteles del narcotráfico a su alrededor.

Ellos te dicen que no te preocupes, que no es tan grave, que siguen haciendo su vida como siempre. Que sí, es cierto que hay más policías y militares en las calles, y que a un muchacho que vivía a dos calles lo mataron, y que explotó una granada por el barrio hace un par de semanas, pero que no es tan grave... que es cuestión de estar atento y rezarle al angelito de la guarda.

Pero ellos también leen los periódicos y escuchan las noticias en la televisión. Y saben que en España hay una crisis de otro tipo. Que no hay trabajo. Que los sueldos bajan. Que la situación de la economía no está muy estable. Y tú les cuentas que bueno... que tampoco está tan mal.

Cada vez que haces una entrevista de trabajo la magníficas. Les cuentas cómo fue todo muy bien. Les hablas de cada proyecto

nuevo que tienes (sin decirles que éste o aquél no paga, pero lo estás haciendo para llenar el currículum aún más).

Ellos no pueden evitar preguntarte, casi siempre, al final de la llamada, que cuándo regresarás. Te recuerdan que allá tienes casa y que, seguramente, con cierta facilidad encontrarías un buen trabajo. Tú te ríes nerviosamente y les contestas que bueno, la tesis doctoral, la oportunidad de más clases, tus amigos, tu casa maravillosa, la nacionalidad... Cuelgas. Y a veces te preguntas qué guerra es la que estás luchando. Contra qué fantasmas.



Después de más de cuatro años de trámites, llega a casa una carta que dice que el Estado español ha decidido otorgarme la ciudadanía española. Me acerco al Registro Civil y resulta que tengo que esperar otros nueve meses, en promedio, para que me den los documentos finales.

En el diario que llevo bajo el brazo se habla de una posible salida de España de la Unión Europea. Yo, cuando pedí la nacionalidad, pensé en la oportunidad de irme a trabajar a otro sitio de la Unión, donde hubiera algún trabajo interesante, como Bruselas.

Ahora me pregunto si todavía funcionará como llave de la puerta de Europa cuando por fin me la den.



V no sabe si está contento o no. Encontró trabajo, en Doha, Qatar. Ahí sí hay trabajo para arquitectos. De hecho, le ofrecen que se vaya a dirigir la obra de un macrohotel nuevo con seis veces el sueldo más alto que jamás tuvo en Barcelona. A un sitio donde hace cincuenta y dos grados a la sombra. Donde tendrá que vivir su homosexualidad en la más absoluta discreción. Que está increíblemente lejos.

Se encoge de hombros. Hace un año que Z, otra amiga, se fue para allá. Por lo menos tendrá a alguien. Y el plan es ir, trabajar tres años y luego regresar con más dinero. A ver si puede comprar una casa en Barcelona. O en su país natal, para terminar de construir una vida adulta.

B también se fue hace un par de semanas. Juntos hemos trabajado durante años en proyectos, además de cubrirnos las espaldas financiera y anímicamente en las crisis clásicas de la edad. Fue a una entrevista en Dublín y ahí le ofrecieron el trabajo de su vida. El sueldo es también mucho mayor del que pudiera recibir aquí: "Imagínate: me puedo alquilar un piso grande para mí solo".

También B dice que regresará en unos años. O se irá a buscar otro sitio con más sol. En unos años.

Me acuerdo: cuando llegué, yo dije que venía sólo por nueve meses. Estoy a punto de cumplir aquí nueve años. Imposible, entonces, saber.



Dar clases en una universidad privada es un poco desconcertante; ahí no siempre es posible palpar la crisis. Sí la crispación, pero no la crisis. Los chicos siguen yendo a clase al último grito de la moda, con ordenadores nuevos y no te escuchan. Ven a través de ti. A veces, cuando les llamas la atención, no falta el que te dice: "¿Y de qué nos sirve estudiar si aquí ni siquiera hay trabajo?"

Me gustaría decirles que, cuando estudias, puedes salir, ver otras cosas, conocer otros mundos; tienes las herramientas para desarrollarte en otras sociedades y crecer más, sentirte parte de otras cosas.

A veces se lo digo, pero en el fondo temo que pregunten: "¿Como tú? ¿Y tú, cuánto ganas?" No creo que lo harían, pero,

en caso de que lo hicieran, no sería un impulso para estudiar. En lo absoluto.



La verdad es que, con excepción de algunos días que pienso en el futuro, vivo bien.

Tengo una hucha donde pongo las monedas que me sobran, y con la que me imagino ahorrando para unas vacaciones. Aprovecho todas las oportunidades de viaje con el trabajo, me apunto a un bombardeo. A veces, algo en mi cabeza y en mi cuerpo me dice que me gustaría tener un niño... y me sacudo la idea rápidamente. ¿Dónde dormiría en mi departamento de treinta metros cuadrados? Además, ella/él no podría comer cualquier cosa: si tengo un hijo, pienso, es para que estemos los dos felices. No para que la criatura viva limitada y yo con angustia. Y espanto el pensamiento.

Total que, al final, nada parece ser tan grave. Por lo menos para mí. Por lo menos de momento. Nos queda, hasta que los recortes nos alcancen, ir a los centros culturales gratuitos o al cine los días del espectador. No tenemos por qué privarnos de los encantos de la vida contemporánea. ¿Qué hay fiebre de gin-tonic? Pues comprar, por lo que comprarías uno en un bar, una botella de ginebra barata y hacer la reunión en casa.

La vida que podemos tener es low cost, pero eso no quiere decir que tenga que ser mala, o gris. Sólo distinta. Y que, seguramente, cambiará mucho más de lo que creemos. Mucho más rápido.